



F. M. Dostoyevski

El pequeño héroe

Traducción del ruso de Juan Luis Abollado



Galaxia Gutenberg

F. M. DOSTOYEVSKI

El pequeño héroe

(De unas memorias desconocidas)

Traducción del ruso
de Juan Luis Abollado

Galaxia Gutenberg



Título de la edición original: *Маленький герой*
Traducción del ruso: Juan Luis Abollado

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2025

© de la traducción: herederos de Juan Luis Abollado, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 17951-2025
ISBN: 979-13-87605-82-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Me faltaba poco para cumplir once años. En julio me mandaron a veranear a una aldea de las inmediaciones de Moscú, a la finca de un pariente mío llamado T...ov, donde se habían reunido unos cincuenta invitados, o puede que más: no lo sé de cierto, pues no los conté. Reinaban el bullicio y la alegría. Dijérase que la fiesta no tenía visos de acabar nunca y que el anfitrión hubiera jurado dilapidar cuanto antes su enorme fortuna, cosa que consiguió hace poco, corroborando aquella suposición, es decir, derrochándolo todo, hasta el último céntimo y la última prenda. A cada instante llegaban nuevos huéspedes. Como la ciudad de Moscú se encontraba a dos pasos, los que se marchaban no hacían sino ceder su puesto a

otros, y aquel sarao se prolongaba sin cesar. Las diversiones se sucedían unas a otras, y no se les veía el fin: paseos a caballo por los alrededores en nutridos grupos; excursiones al bosque o por el río; meriendas en el campo; cenas en la espaciosa terraza de la mansión, engalanada con tres interminables guirnaldas, cuyas hermosas flores esparcían su aroma en el fresco aire de la noche, e iluminada profusamente, haciendo que nuestras damas, ya de por sí hermosas en su casi totalidad, parecieran aún más bellas con sus rostros encendidos por las impresiones del día, con sus ojos relumbrantes, con su gentil y armoniosa charla, entremezclada con sus risas sonoras, tintineantes como cascabeles; bailes, música, canciones. Si se encapotaba el cielo, se representaban cuadros vivos, se contaban chistes y adivinanzas y hasta se ponía en escena alguna obra. No faltaban recitadores, cuentistas y declamadores.

Algunos de los invitados aparecían en un claro primer plano. Excusado es decir que las hablillas y los chismes seguían su curso normal, ya que sin ellos no se sostendría el mundo y millones de seres morirían como moscas,

víctimas del tedio. Pero como yo tenía once años no me fijaba en los personajes, pues tenía ocupada la mente en pensamientos bien distintos, y si algo observaba, no era todo, ni mucho menos. Fue posteriormente cuando hube de recordar algunas cosas de las allí ocurridas. Sólo la parte brillante de aquel espectáculo podía ser advertida por mis ojos de niño; y aquella festiva animación general, aquel esplendor, aquel bullicio, nunca vistos ni oídos por mí, me impresionaron tanto que, en los primeros días, me dejaron completamente aturdido, y mi pequeña cabeza sentía vértigos.

Con mis once años, yo era, naturalmente, un chiquillo, nada más que un chiquillo, y muchas de aquellas hermosas señoras, al acariciarme, ni siquiera se interesaban por mi edad. Pero, ¡cosa extraña!, una sensación incomprensible se apoderaba de mí; algo desconocido, y ni siquiera imaginado, pasaba por mi corazón. Mas ¿por qué, a veces, me ardía y me palpitaba como atemorizado, y por qué se me coloreaba el rostro con un rubor inesperado? Había momentos en que me avergonzaba y hasta me enojaba de mis privilegios infantiles. En otras

ocasiones, parecía ser la sorpresa la que me dominaba, y entonces me iba a donde no pudieran verme, como para tomar aliento y recordar algo que hasta entonces creía guardar muy bien en la memoria y que acababa de olvidar, pero sin lo cual no podía presentarme en ningún sitio ni arreglármelas en modo alguno.

Finalmente, se me ocurría que había ocultado algo a todo el mundo, mas no se lo decía a nadie porque, como un chiquillo que era, me sentía avergonzado y a punto de llorar. A poco tardar llegué a percibir una sensación de soledad en medio del torbellino que me circundaba. Había allí otros niños, pero todos eran mucho más pequeños o mucho mayores que yo; y, además, no estaba yo para niños. Evidentemente, nada me hubiera sucedido de no encontrarme en una situación excepcional. A los ojos de aquellas hermosas señoras, yo seguía siendo una criatura pequeña e indeterminada, a la que gustaban de acariciar a veces y con la que podían jugar como con una muñeca. Sobre todo, una encantadora rubia, de exuberante y espesa cabellera, como jamás había visto yo, y seguramente nunca veré, parecía haber hecho

juramento de no dejarme en paz. Las risas que resonaban en derredor nuestro, y que ella suscitaba a cada instante con las desatinadas y bruscas bromas que me gastaba, las cuales, por lo visto, le proporcionaban sumo placer, a mí me aturdían, y a ella la alegraban. A buen seguro que en los institutos en que estudió, y entre sus amigas, debían llamarla «la Colegiala». Maravillosamente bella, había en su hermosura algo que saltaba a la vista. Por supuesto, no se asemejaba a las pequeñas y pudorosas rubitas, níveas como el plumón y delicadas como ratoncitos blancos o como rositas de pitiminí. No muy alta de estatura, y más bien tirando a gruesa, tenía, sin embargo, unos rasgos faciales finísimos, maravillosamente trazados. Había en aquella carita algo que resplandecía al modo de un relámpago, y toda ella era como el fuego, diligente, vivaracha, grácil. Sus grandes ojos, muy abiertos, parecían despedir chispas. Refulgían como diamantes, y jamás hubiera yo cambiado aquellas pupilas azules y centelleantes por unos ojos negros, ni siquiera por los más azabaches de Andalucía, pues mi rubita podía parangonarse con aquella morena a la

que cantó un famoso y consumado poeta que en tan bellas estrofas juró por toda Castilla estar dispuesto a quebrantarse los huesos con tal de que se le permitiera rozar con la punta de un dedo la mantilla de su dama. Por añadidura, mi linda rubia era la más jovial de todas las bellas del mundo, risueña como no hay idea y traviesa como una chicuela, aunque llevaba ya cinco años casada. La risa no se borraba nunca de sus labios, lozanos cual capullo mañanero que acabase de abrir sus pétalos al conjuro de los primeros rayos del sol, mostrando su encarnado y fragante cáliz en el que aún no se habían secado las frías perlas del rocío.

Al día siguiente de mi llegada se organizó una función de teatro. El salón estaba de bote en bote, como suele decirse. No quedaba un sitio libre, y como yo me retrasé un poco, por no recuerdo qué razón, tuve que presenciar el espectáculo de pie. Pero la obra, muy divertida, me fue arrastrando hacia delante, y, sin darme cuenta yo mismo, me abrí paso hasta las primeras filas, donde me detuve, por fin, apoyado en el respaldo del sillón que ocupaba una dama. Era mi rubita, pero aún no nos conocíamos.

Insensiblemente me quedé fijo en sus redondos y maravillosos hombros, incitantes y blancos como la espuma de la leche, aunque, en verdad, me era indiferente mirar unos cautivadores hombros femeninos o el sombrerito adornado con cintas color de fuego que cubría las canas de una venerable señora de la primera fila. Junto a mi rubia estaba sentada una solterona de esas que, según tuve oportunidad de comprobar posteriormente, procuran siempre colocarse lo más cerca posible de las que son jóvenes y bonitas, eligiendo a las que no gustan de alejar de sí a los jóvenes caballeros. Mas esto carece de importancia; el caso es que la solterona, al notar mi contemplativa mirada, inclinó la cabeza hacia su vecina y, con una risilla, susurró algo a su oído. La rubia se tornó súbitamente hacia mí, y recuerdo que sus ojos de fuego resplandecieron de tal modo en la penumbra, que yo, desprevenido para afrontar aquella mirada, me estremecí como al contacto de un ascua. La bella dama sonrió.

—¿Le gusta la función? —me preguntó, clavando en mis ojos su mirada pícara y burlesca.